

A PUNTA SECA

La política y la historia

La política, desgraciadamente, tiene que ser muchas veces simplificación. Para que la gente entienda lo que se propone un político, éste tiene que reducir a definiciones elementales algo que es mucho más complejo, que está lleno de matices y de sutilezas.

Cuando el que simplifica es un profesor universitario, sus palabras me causan profunda pena. Abandonar el rigor exigible a un hombre cargado de títulos y de doctorados, para expresarse como si se tratara de una lección de E.G.B. no es un espectáculo edificante, créanlo. Además, el que simplifica miente, aunque no se lo proponga, sobre todo cuando se trata de historia.

La historia, en este país, se ha enseñado siempre mal. A partir de la carrerilla de los reyes godos, que no tienen ya ningún interés, todo lo que sigue es de una primariedad entristecedora. La historia de la península —yo no concibo otra— es más importante, contradictoria y apasionante que la que se enseña al niño que será después un ciudadano mal informado.

Y, sobre todo, para que los profesores universitarios no causen pena, es necesario que la historia se explique mejor.

La calle y su mundo

Toxicómanos

Roban 500 recetas médicas. (De los periódicos.)

Al leer que dos sujetos han sido detenidos por haber robado y utilizado recetas de determinadas sustancias tóxicas, siendo ya conocidos de la policía por contumaces drogados, me acordé de Centeno, que no limpiaba recetas, sino drogas. Centeno era un hombre muy inteligente, culto, de juventud brillante y dispada, que cayó en la trampa de los paraísos artificiales. Ya casi cuarentón andaba por Madrid casi siempre alejado y en compañía de vagos y atormentados. A veces le recogían tendido y temblaba en una acera, y lo portaban a la casa de socorro, donde le atendían y dejaban descansar unas horas. Cumple decir que Centeno dormía en el «metro» las veces que se topaba con viejos camaradas en derrota de pasados tiempos.

Centeno se llevaba de la casa de socorro inyectables, oblates, cocaína y lo que podía, pero era morigerado en las sustracciones, procurando que las sisas pasaran inadvertidas. Al despertar, tras haber dormido en un cuarto aldeaño a la sala de curas, abría las alacenas y arramblaba con lo justo para abastecerse hasta la próxima incursión en el centro sanitario. Si lo trataban de urgencia en la madrugada, al atardecer ya andaba tan pancho por los lugares de costumbre. Vivía de abrir y cerrar las puertas de los coches; aquí le daban algo de comer; éste le pagaba un café; aquél le invitaba a una cerveza; el otro le entregaba unas monedas... Le permitían pasar la noche en el sótano de un establecimiento del que había sido cliente en su época dorada. «Soy un ex hombre, de aire gorkiano», decía en momentos de lucidez.

Yo le replicaba con que él no era un innecesario, y la prueba es que abría y cerraba las puertas de los autos delante de los cine de estreno e incluso hacía recados y limpiaba zapatos. Una vez, al repasar la prensa de la mañana, atrapé la noticia de que se buscaba a Centeno, quien asistido en la casa de socorro se había largado con una gran cantidad de productos tóxicos. Supuse que se había excedido en un momento de debilidad, como así me confesó en el sótano del café a donde fui a verle rápidamente. Le divertía mucho salir en letras de molde. Al filo del mediodía se lo llevaron unos agentes, y lo pusieron en libertad una semana más tarde. Y fue entonces cuando me enseñó sus brazos, con lívidas tumefacciones y las venas endurecidas. «¡Viviré poco!», clamó resignado. Tengo para mí que eso acontecerá con los toxicómanos que robaron las recetas, los cuales presentan las venas duras como cordones de cuero. Centeno anduvo campeando por el Madrid bombardeado y su huella se pierde con las primeras hambres de comidas y medicamentos de la posguerra. — ERO,

Tenía que ocurrir

NO es que el fenómeno date de antaño, precisamente. Ya en torno de 1930 se publicó un divertido panfleto, «El perill català», que lo denunciaba en términos acalorados, y los precedentes —con apariencia de polémicas lingüísticas o históricas— se remontan, si más no, a principios de siglo. La novedad consiste en que, ahora, el problema ha saltado a la calle, y en la calle toma el gesto inevitable de un desaliento político. Lo cual tenía que ocurrir un día u otro. Y ahí está. En el País Valenciano, por una serie de extrañas circunstancias que sería largo de explicar, el proceso de recuperación de eso que llamaremos «conciencia nacional» —de algún modo hay que decirlo— tuvo un desarrollo lento e inseguro, al que contribuyó no poco, por otra parte, la misma timidez de los planteamientos teóricos. Hace unos veinte o treinta años, las cosas empezaron a cambiar, y desde entonces, cada vez más: gracias a Dios. Lo que en las criptas iniciales sólo fue un propósito de salvar el idioma, con el imperceptible heroísmo de los versatos y las lecciones de gramática, ha desembocado, como cabía esperar, en un movimiento de creciente base popular. Que todavía mucho por hacer, desde luego. Mi propensión al optimismo es mediocre: quizá porque «tengo prisa», y me parece que no se avanza tanto como sería necesario. Pero el «avance» es de una evidencia absoluta.

La situación ha llegado, por fin, a ser «conflictiva» a los más diversos niveles. De hecho, se trata de un enfrentamiento tajante entre quienes aspiramos a un País Valenciano «reidentificado» —o «reconciliado»— consigo mismo y quienes se aferran, por intereses obvios o por una lamentable «alienación» secular, y hoy fomentada, a la docilidad provinciana, a la «despersonalización» colectiva, al cóctel de «autosatisfacción» y de «autoodio» que subyace en las crispaciones folklorizantes y ultravernaculares. De punta a punta, el País Valenciano ofrece al paseante indígena y al turista perplejo muchos síntomas de ese antagonismo: pintadas, carteles, pegatinas, banderolas, discusiones de cafetería o de familia, cartas al director en los periódicos locales, mamposros en la vía pública, octavillas de toda laya, gritos, manifestos, intervenciones de los de «antidisturbios», rectificaciones de siglas en los partidos... Por supuesto, el asunto no es tan simple como lo acabo de insinuar: hay, como es lógico, muchas «medias tintas» y, más que nada, la boquiabierta inocencia de las «mesas neutras». Sin embargo, el esquema vale. Y, en su ambigua exposición, los dos polos extremos sí que no son confusorios: «catalanistas» los unos, «anticatalanistas» los otros.

Aquellos que, para entendernos, designo como «anticatalanistas», ya puede imaginar el lector qué especie de fauna es. Es la trinchera de los res-

duos de la dictadura, que, disponiendo aún de los privilegios del «pre reformismo», se valen de su prepotencia oficial, apoyada por Madrid, para mantener a la ciudadanía ofuscada en sus rutinas ancestrales y para excitarla a base de cualquier sentimentalismo localista. Los otros no todos ni siempre son «catalanistas», ni mucho menos. Ocurrir que se ven acusados de «catalanistas» porque no juegan el juego de la genuflexión sucursaloide. De «catalanistas», en el fondo, tienen muy poco, o casi nada. Pero han de soportar la acusación: el «insulto». Al fin y al cabo, el «grave pecado» de esta gente es que, al articularse en partidos políticos, autóctonos o dependientes, procuran acercarse a la realidad social viva, y se presentan como partidos «del País Valenciano». La mayoría, no todos, ya pasan del «regionalismo bien entendido» a otro tipo de reivindicación más limpio y resuelto. Pero sólo a escala de País Valenciano. La propuesta política de «Países Catalanes» no figura en sus programas. Con todo, les acusan de «catalanistas» o de «pancatalanistas». Les acusa el búnker-barraqueta y la fascistofilia remanente —son todos unos— y hacen trampa. Por desgracia, a mi entender, no todo lo que se reclama en nombre del País Valenciano está en función de la idea de Países Catalanes.

La degradación «nacional», entre nosotros, y particularmente en Valencia, ha llegado a tales límites, que uno no se sorprende de nada. Volviera a contar una anécdota de que fui protagonista, hace tiempo. Con un amigo, tomábamos unas copas rituales en un bar céntrico de la ciudad-capital. Hablábamos, como de costumbre, él y yo: en la lengua del país. El camarero que nos servía, un muchacho de la inmigración, se tomó la libertad —curioso que era— de preguntarnos: «¿Ustedes son catalanes?». Le repliqué con otra pregunta: «¿Por qué lo crees?». Su respuesta fue deliciosamente indiciaria: «¡Hombre, como siempre hablan en valenciano!». La ingenuidad de su conclusión permite poner al camarero aludido como barómetro de una angustiosa realidad lingüístico-nacional. El búnker-barraqueta y sus aliados, con otras predisposiciones mentales —y «nativos» ellos—, piensan que los que «siempre hablamos valenciano» como «catalanes». Y, bien mirado, no se equivocan. Los valencianos que siempre hablamos en valenciano, y lo hacemos consecuentemente, ¿qué somos, sino «catalanes»? En el País Valenciano catalano-parlante, todo el mundo es «catalán», aunque no lo sepa. Como el burgués-gentilhombre de Molière se sorprendía al descubrir que hablaba en prosa... Porque, para ser nacionalmente catalanes, a los valencianos nos basta con ser valencianos de veras.

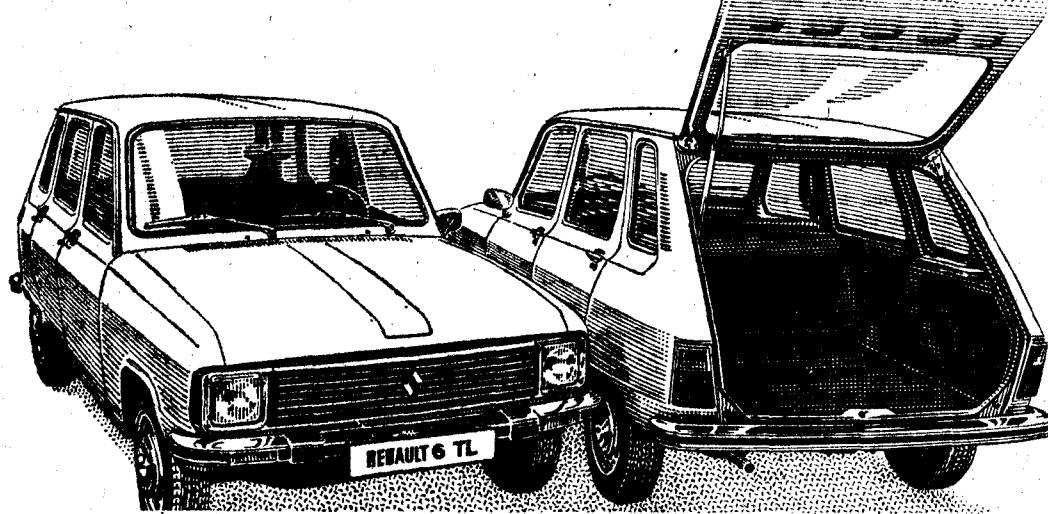
Con la sartén por el mango, la clase dominante arrodillada pretende recusar como «catalanistas» a muchos que sólo son «valencianistas». Ya han maniobrado en este sentido contra algunos

partidos, que justamente no se distinguen por su «catalanismo». Incluso intenta asumir lo de la «autonomía». Ya se engañará quien quiera engañarse, a este respecto. «Ellos» son los de siempre, bien coloreados, con su implantación caciquil, y lo que menos les importa es el «país», la «región» o el «reino». Van a la suya: al «mando» sucursalista. Con la colaboración de media docena de obsesos por la «catalanofobia», han conseguido grandes ventajas: que los «falleros», por ejemplo, se sientan predisuestos a votar por la candidatura más reaccionaria. ¡Ay, esta tierra, que fue «blasquista»! ¡Quién te ha visto y quién te ve, carita de serafín! La Valencia encastillada en los cargos públicos, hoy, volvería a condenar a muerte al mismísimo don Luis Lluçia. Y le llamarían «catalanista». Y «catalanista» dirían que era don Juli Just, o don Vicent Alfaro, o Escandell, o Renau... Que nunca lo fueron. Fueron, a ratos, unos «valencianos» medianamente normales.

Y, dejando de lado tales tergiversaciones, el hecho es que, en el País Valenciano actual, pululan unas minorías que se afirman nacionalmente «catalanes»: sin disimulos. A las cuales me apunto, si es que hace falta apuntarse. No es cosa de «partidos»: es una opción que va por encima y por debajo de otras militancias. A mí, personalmente, no me gusta que me llamen «catalanista», ni «valencianista», ni nada con sufijos. Yo soy un modesto fulano de Sueca que habla catalán y que se siente nacionalmente catalán. Y soy tan valenciano —si «valenciano» significa ser, no un fallero de la capital, sino un habitante del País Valenciano, de pueblo— como el que más. Y, como yo, los otros: los muchos, los muchísimos otros. ¿Que eso le molesta a la «clique» de los mandamases fascistas? ¡Qué vamos a hacerle! Con su pan se lo coman... Hoy, en el País Valenciano, derechas e izquierdas, han de contar con ese «nacionalismo catalán» de los valencianos. Les guste o no. A unos sectores, incluso de izquierda o de simulación izquierdosa, no les gustará. Pero, unos y otros, con el riesgo de hacerse cómplices, y ya se verá lo que son, ¿cómo podrán «suprimirnos»? Si se consideran «demócratas» —¿quiénes?—, habrán de «tolerarnos», en vez de derramar sobre nosotros, en cualquier fiesta regular, el completo utilaje represivo de la policía. Han de aceptarlo, tirios y troyanos, en el País Valenciano: aceptarnos a los valencianos-catalanes. Estaremos en cualquier esquina para dar testimonio de nuestra razón. Si somos «cuatro gatos», paciencia. Seremos valencianos como los demás, y con la afirmación catalana. Pueden darnos palos, multas, coronarnos de infamia. Es igual. De momento, los mamuts de la «valencianía» han hecho todo lo posible por afligirnos.

Joan FUSTER

Renault 6TL Para dar mucho de sí.



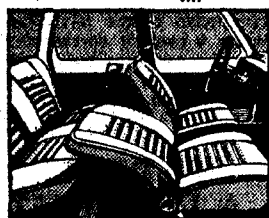
En todos esos momentos en que hay que estirar el espacio. Porque la familia ha crecido. O porque han crecido las cosas que la familia necesita llevar. Cuando ya no se sabe dónde meter tanto paquete, pero los niños recuerdan que faltan los juguetes prometidos y hay que hacer todavía un hueco para que la ilusión quepa... O cuando empiezan a meter esas mil cosas que quieren llevar al campo, como si fueran a dar la vuelta al mundo, y aún el pequeño se empeña en llevar esos bártulos suyos que nunca suelta... Son momentos de multiplicar soluciones. Para poner las cosas en su sitio. Como deben estar. Cómoda y ampliamente. Momentos en que un Renault 6 TL es capaz de dar aún más de sí, triplicando en

segundos su maletero, al que da acceso una quinta puerta. Y después, ya en marcha, cuando el terreno se pone difícil y el camino se estrecha, cuando las curvas vienen cerradas o hay que subir las cuestas con fuerza... es hora de comprobar lo que vale el motor de 1.037 cm³ de un Renault 6 TL, su tracción delantera y la suspensión independiente, la comodidad de sus asientos anatómicos y la precisión de su dirección de cremallera. Porque un Renault 6 TL sigue respondiendo — en todos los terrenos — a las necesidades de la familia. Con la seguridad, el confort y la sólida mecánica de un Renault.

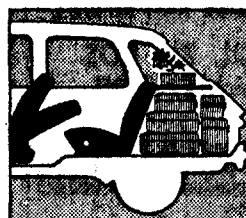
Renault 6 TL
Para «sobrellevar» la carga familiar.

Venga a verlo a cualquiera de los 150 puntos de servicio de la Red Renault de Cataluña.

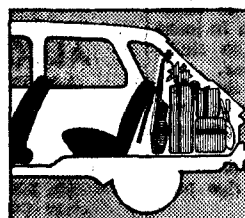
Red Renault de Cataluña



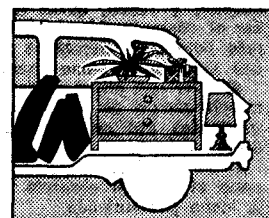
Asientos anatómicos. Los delanteros con respaldo reclinable.



Maletero con 380 dm³ de capacidad.

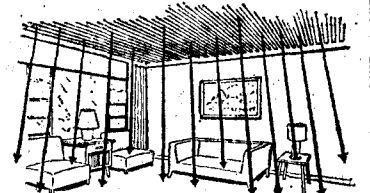


La bandeja trasera se abate aumentando la capacidad.



Maletero con el asiento trasero abatido: 1.190 dm³

CALEFACCION ELECTRICA INVISIBLE



Integrada bajo yeso o estuco

- Consumo muy reducido.
- Mantenimiento nulo.
- No ocupa espacio alguno.
- Regulación automática e independiente en cada habitación.
- La más económica de adquisición e instalación.
- 20 años de garantía.

¿Esta Usted construyendo?

Llámenos a:
CEILHIT, S.A.
Lincoln, 29 Telf. 227 66 54
Barcelona 6

OBRAS y REFORMAS

e particulares y empresas con grandes facilidades

- COCINAS ● BAÑOS ● LOCALES COMERCIALES ● NAVES INDUSTRIALES ● OFICINAS, etc.

Teléfono 245-59-95
Valencia, 474, entlo., 1.
Presupuestos sin compromiso

NO SE ESTABLEZCA

sin antes pedir presupuesto para la instalación de su local, tienda o bar a YALEC.
Telf. 254 38 60. Crédito 24 meses.
Visite nuestra gran exposición en:
AVDA. DE ROMA, 115, junto Urgel.